

Amanecer en el desierto - Marruecos 2005

Protagonistas de esta aventura

Lucía y Jerónimo, sus hijos Antonio y Andrés y su autocaravana Moncayo desde Sevilla.

Paqui y Sebastián, sus hijos Sandra, Ismael y Carlos y su caravana Sterckeman desde Jerez de los Caballeros, Badajoz.

Mónica y Antonio, sus hijas Ana y Sara y su autocaravana Challenger desde Estepona, Málaga.

Prólogo

La maravillosa idea de esta aventura surge a raíz de la quedada que webcampista organiza en Córdoba. Allí nos volvemos a encontrar con Lucía y Jerónimo y conocemos a Paqui y Sebastián. Lucía y Jerónimo ya habían recorrido una buena parte de Marruecos y nos enseñan muchas fotos mientras nos hablan del viaje al Desierto que van a realizar en Semana Santa. A todos se nos ponen los dientes largos mirando las hermosas imágenes y escuchando hablar a Lucía, con su característica forma de transmitirte emociones y sentimientos. Así empieza a entrar en nosotros el gusanillo de la aventura...

Yo me animo enseguida pero mi marido es reacio, aunque accede porque sabe la ilusión que me hace. Sebastián tiene dudas ya que él tiene caravana y piensa que podría ralentizar la ruta pero todos le animamos para que se decida. Nos despedimos ilusionados con las posibles expectativas y nos llamamos el lunes siguiente para confirmar que viajaremos juntos, después de haber pedido en los trabajos los permisos necesarios. A partir de aquí todos son nervios, llamadas continuas animándonos los unos a los otros, confección de distintas rutas, lecturas de guías y recopilación de información por Internet, etc.

Desde ese instante todos entramos en la magia de Marruecos sin darnos cuenta.



Viernes, 18 de marzo

Casi habíamos estado a punto de echarnos atrás porque las previsiones meteorológicas no eran nada halagüeñas y el temporal había provocado el cierre del puerto de Algeciras en varias ocasiones durante todo el día. Al final, inyectados con el positivismo de Lucía y la energía de Sebastián, nos decidimos a salir de casa. Llegamos al Supermercado Lidl de Algeciras donde ya nos esperaban nuestros amigos sevillanos. Después de algunos achuchones, besos y contagio de nervios, nos disponemos a sacar los billetes mientras esperamos la llegada de Paqui y Sebastián. La señorita de la agencia de viajes se porta de maravilla y nos da billetes abiertos para intentar coger el primer barco que salga, ya sea lento o rápido, a primera hora de la mañana. Cuando llegan nuestros compañeros de viaje cenamos rápidamente y nos encaminamos al Puerto de Algeciras para dormir en la cola y no perder tiempo al día siguiente. Estamos todos un poco nerviosos con la angustia de que no salga ningún barco pero ... Marruecos nos espera.



Sábado, 19 de marzo

El despertador suena a las 5,45 de la madrugada. Habíamos quedado temprano para intentar coger el primer barco. Sólo salían los lentos pero nosotros estábamos tan contentos que no nos importó ya que, en breve, pisaríamos suelo musulmán. Salimos de Algeciras a las ocho de la mañana y llegamos a Tánger a las 10,15 horas. El barco nos gustó mucho y resultó un trayecto cómodo, sin incidencias. En cuanto al papeleo que hay que entregar en el barco, quisiera aclarar que las fichas blancas son para la entrada a Marruecos y las amarillas para la salida. Hay que rellenar una ficha por cada pasaporte que presentéis, incluidos los de los niños. En la aduana del Puerto de Tánger todo parece un poco caótico pero no tuvimos problemas. Tánger nos saluda con el alminar octogonal característico de la mezquita de la kasba

al fondo. El día está nublado y algo fresco.



Nos faltan 35 km. para Asilah y empezamos nuestra ruta por una carretera bordeada por el Océano Atlántico. A la derecha, vemos una manada de camellos comiendo de unos árboles a la orilla del mar e inevitablemente empezamos a saborear la magia de esa postal. Nos instalamos en una explanada que sirve de parking para las cientos de autocaravanas y caravanas que nos encontramos allí.

Una imagen que, personalmente, me da seguridad ya que no somos los únicos “locos” (esto me lo dijo mucha gente cuando preparábamos el viaje) que estamos aquí.

Asilah es una tranquila ciudad costera muy similar a las andaluzas, aunque rodeada por murallas, que se puede visitar paseando agradablemente en dos horas. Sus casas blancas y con diferentes tonalidades de azules y verdes nos recuerdan a Santorini. Las pequeñas tiendecitas con zapatillas, vestidos y dulces pasteles son un efectivo reclamo para el divertido arte del regateo, en el que ya hacemos nuestros primeros pinitos.



En ningún momento nos sentimos inseguros y nuestros recelos primerizos empiezan a disiparse con total naturalidad. Después de un breve paseo, volvemos para almorzar y dejar que los conductores echen una siestecita porque nos queda un largo camino por recorrer. Nosotras, con los niños, nos vamos a echar un último vistazo a este agradable rincón de Marruecos. Una vez más comprobamos y, porqué no decirlo, nos asombramos, con la amabilidad de la gente y la especial atención que dedican a los niños más pequeños. Nuestros absurdos temores tercermundistas se caen poco a poco. Es nuestro primer día aquí y Antonio, mi marido y “hueso duro de roer”, ya se siente como en casa (eso sí que es un milagro! ¿De Alá?) A las 16,45 h. cogemos la autopista tras haber pagado 10 dh. (aprox. 1 euro) por el estacionamiento de los tres

durante tres horas.



Una observación curiosa, supongo: durante todo nuestro paseo por el pueblo vemos a muchos hombres (no mujeres) sentados, sin hacer nada, sólo allí, mirando. No les vemos trabajar o hacer algo en particular, sólo están ahí. Más adelante comprobaremos que esta estampa se repetiría más veces durante el viaje. Sobre todo en las zonas rurales es frecuente ver a muchísimos más hombres que mujeres en la calle.

Durante el trayecto por carretera, vemos muchos niños que sonrían y nos saludan. El tiempo empieza a empeorar y la lluvia nos acompaña débilmente. Decidimos parar a las 21,45 h. junto a un bar a la salida del pueblo El Hajeb. La cena se convierte en uno de los momentos más esperados del día, comentando nuestras impresiones y constatando, sin lugar a dudas, que hacemos todos una buena combinación. Pasamos la noche sin ningún problema.



Domingo, 20 de marzo

Salimos a las 9,15 h. La carretera es secundaria y el paisaje que nos acompaña es llano. Vemos campesinos trabajando la tierra con sus propias manos, nada de máquinas; muchachos transportando agua en cántaros amarrados a un burro y todos nos sonríen y nos saludan ¡vaya gente! Hacemos una brevísima parada para apreciar las vistas desde un mirador precioso, donde hay varios puestos de fósiles y minerales. Seguimos camino al Bosque de los Cedros por una carretera de montaña estrecha y en regulares condiciones. “El Bosque de los Cien Acres” (el de Winnie the Pooh; lo siento, es que mis hijas están en esa edad) como acabamos de bautizar a este precioso lugar nos renueva a todos la energía para proseguir el viaje. La temperatura es excelente y bajamos dispuestos a dar un buen paseo para estirar las piernas y disfrutar del entorno. A la entrada del bosque está el Cedro Milenario, cuyo tronco acoge a todos nuestros hijos en una foto preciosa, al que rodean puestos de venta de fósiles, cerámica, etc. Ninguna nos resistimos y Paqui y yo empezamos a practicar el regateo y el trueque más auténtico de la mano de nuestra compañera Lucía, la maestra en este arte. Cogemos un camino de tierra que se adentra en el bosque y por fin les vemos, familias enteras de macacos en libertad. Habíamos comprado cacahuetes y les dimos de comer. Todos lo pasamos de maravilla, pequeños y mayores, disfrutando del momento



Por todo el camino nos hemos encontrado niños y niñas haciéndonos señales para que paremos. Van descalzos y vestidos con harapos. Esa es la parte de Marruecos que más nos entristece y ese sentimiento junto con la impotencia que sentimos nos acompaña siempre. Todos nosotros llevamos sacos con ropa, zapatos, juguetes, bolígrafos, etc. y no podemos si no hacer breves paradas para intentar paliar la situación dentro de nuestras posibilidades que son pequeñas, minúsculas e insignificantes pero son las que tenemos. Durante las cenas y tertulias tras las comidas, planteábamos nuestras inquietudes al respecto: si estábamos haciendo algo correcto, si realmente lo hacíamos pensando en ellos o sólo para acallar nuestras conciencias; ambas cosas, seguramente, pero era nuestra única manera de colaborar, no hacíamos daño a nadie y, en cambio, conseguimos muchas sonrisas. Atravesamos las montañas del Atlas Medio, todavía nevadas, adentrándonos cada vez más en la pobreza de este lugar. Las casas son del color de la tierra y se confunden con ella, formando un todo. El paisaje se vuelve árido y amarillo conforme vamos acortando kilómetros.



A las 14,15 h. paramos a comprar fruta y carne en Zaida, una pequeña población a pie de carretera llena de tiendas. Huele estupendamente, a mezcla de distintas comidas con olores fuertes muy apetitosos. No me veo capaz de bajar de la auto porque estamos rodeados de niños que te piden de todo y da mucha pena. A Paqui le pasa lo mismo. Les miramos, les sonreímos, les damos lo que podemos pero ellos siguen ahí. Lucía nos advierte que será así todo el camino y que debemos aprender a mirar de otra manera. Los demás compran aceitunas, pinchitos de cordero y fruta; almorzamos juntos en un tramo de carretera rodeados de tierras desérticas. Nuestros niños vuelan una cometa aprovechando la brisa que corre. Otros niños esperan apartados de nosotros pero sin dejar de mirarnos (se hace difícil acostumbrarte, de verdad) y les damos macarrones con tomate. También se comen los plátanos recién comprados. La comida no nos ha sentado muy bien, esto resulta difícil. Continuamos nuestro camino, rumbo a las Dunas de Erg Chebbi a las 16,15 h.



Desde que pisamos Marruecos he tenido que usar las gafas de sol, y esto puede parecer una tontería porque seguramente la mayoría de las personas lo hacen continuamente pero no es mi caso, porque la luminosidad es tan brillante que resulta cegadora. Una vez más puedo comprobarlo cuando continuamos camino y nos rodea tierra amarilla/ocre y una luz fuerte, aunque haya neblina.

Empezamos a pasar por pequeños pueblos que vemos desde la carretera y por mencionar alguno, me llamó la atención Zibzate, emergido de la misma tierra confundiéndose con su color.

Continuamos rumbo a Erfoud y vamos observando como todos los pueblos se asemejan unos a otros, surgidos de la tierra (ladrillos de adobe), las edificaciones son iguales: ocre, planas, sencillas, con pequeñas y escasas ventanas y alturas similares. Cruzamos el Túnel del Legionario y se nos abre ante nosotros un paisaje espectacular:

La Garganta del Ziz, Paramos para admirar este precioso paraje de la Naturaleza.

Dejando atrás la Garganta, pasamos por los palmerales del Ziz, que forman un oasis de película en los que no falta la Kasba dominando la postal. El río Ziz baña en sus orillas pequeños y bonitos pueblos rodeados de palmerales



Er-Rachidia es la población que nos encontramos a continuación y nos llama la atención el color teja en la mayoría de sus casas y la cantidad de personas en la calle: en bici, en burro, andando, corriendo, en carro...lo que nos hace mantenernos más alerta para no enturbiar demasiado el trasiego de la misma con nuestras autos. Sigue pareciéndome curioso y después lo comentaríamos en varias ocasiones, cómo en cualquier rincón, en todas partes (incluso en la oscuridad de la noche sólo iluminada por la Luna) siempre aparece alguien. Aquí, Er-Rachidia, hay grupos de personas sentadas en la tierra, a ambos lados de la carretera, pasando la tarde del domingo: jugando, charlando, simplemente allí, mirando la carretera.

Era ya noche cerrada y estábamos a punto de entrar en Merzouga cuando nos encontramos a nuestros amigos, Piki y Enrique (más conocidos como Abueletes) que nos hacen luces para que paremos al borde la carretera. Los demás no se dan cuenta y siguen el camino. Nosotros compartimos un rato de animada charla con estos viajeros todo terreno que nos regalan espárragos de Marruecos y nos indican algunas cosillas que no debemos perdernos durante el viaje. Nos despedimos de ellos y un poco más adelante, nos encontramos con nuestros compañeros que, paralelamente, habían conocido a Mohamed.



Mohamed, según nos contaron, surgió de la oscuridad (ya no nos parece raro) cuando nuestros amigos habían parado para esperarnos, ofreciéndonos alojamiento en el Albergue Erg-Chabbi, a pie de duna. Prometió cena, música y buen té, lo que resultó imposible de rechazar no sólo por nuestro cansancio sino también por lo atractivo de la oferta. Guiados por Mohamed, a pocos metros nos encontramos con el Albergue que, de noche, nos resultó encantador, con su tenue iluminación y la decoración que pudimos observar. Dejamos los autos en la puerta y nos acompañaron al salón comedor, donde cenamos sopa (Harira), guisado de pollo y patatas, guisado de huevo y pescado, postre (rodajas de naranja con canela, aderezadas con azahar y azúcar) y té; amenizaron la velada con música y pasamos un rato muy agradable. Nos pusimos de acuerdo, tras un largo regateo con el dueño del albergue, y mañana a las 5,30 horas de la madrugada nos recogerían en camello para ver amanecer en el desierto. Debo decir que el albergue estuvo bien para los que llevamos autocaravana porque no necesitamos electricidad, ni duchas ni servicios, a cambio disfrutamos del maravilloso entorno que nos rodeaba, la comida, la música, etc. pero no para nuestros amigos Sebastián y Paqui, que llevaban caravana. El dueño del albergue, consciente de la diferencia y tras una breve pero fructífera charla con Sebastián, les facilitó una habitación para que pudieran ducharse cómodamente. Así todos contentos. Nos acostamos tarde y cansados pero felices, soñando con el desierto ...



Lunes, 21 de marzo

Me levanto sin necesidad de despertador. Antonio y Sara se quedan en la auto y yo despierto a Ana que rápidamente está preparada para nuestra aventura juntas. Salimos intentando hacer el mínimo ruido y vemos a Mendoza, que se acerca con una linterna y nos avisa de que los camellos ya están esperando. Es totalmente de noche y aún no apreciamos la belleza del paisaje que nos rodea.

Subimos a los camellos (cada adulto con un niño) y emprendemos la marcha, ilusionados, expectantes al amanecer, cumpliendo el reto del viaje.

Amanece lentamente y poco a poco tomamos conciencia de la inmensidad ocre-naranja que nos envuelve. Subimos y bajamos dunas durante cuarenta y cinco minutos en los que no podemos dejar de admirar el paisaje y sentirnos privilegiados por pertenecer un poco a él durante este breve espacio de tiempo. Tras subir una duna más alta y grande que las demás, se abre ante nosotros un precioso valle anaranjado. Allí, bajo esa placidez, permanecemos una hora jugando con los niños, disfrutando de la salida del sol poco a poco. Mendoza, el compañero más atrevido, sube una duna muy alta, aún más alta que la que nos acoge. Desde ella el valle se hace interminable. Todos disfrutamos de lo perfecto y limpio del paisaje.



El sol aprieta y la brisa que hacía por la mañana deja paso a una temperatura de pleno verano. Todos empezamos a tener buen color en las mejillas. Iniciamos el regreso al albergue, que ahora sí divisamos muy bien desde los camellos conforme nos vamos acercando y comentamos lo bonito y pintoresco que resulta el lugar; del mismísimo color de las dunas se eleva imitando a una Kasba en la inmensidad de la nada y a la

vez del todo.



Nos despedimos después de tomar un té y charlar animadamente con todo el personal que trabaja en el albergue. Lucía y Jerónimo se comprometen con un chico joven a preguntar por una beca que según les informó había pedido en Barcelona. Las personas son muy amables, juegan y bromean continuamente con las niñas. Pagamos 405 dh. por los servicios que he comentado entre las tres familias. Nos vamos con una felicidad absoluta en nuestros corazones.

Después de poco más de dos horas de haber emprendido el camino, paramos a comer a un lado de la carretera que parece desértico porque no divisamos ni casas ni persona alguna. Sacamos nuestras mesas y de forma que aún no nos explicamos, pero que no será la única vez que experimentemos en el viaje, aparecen varios chavales de distintas edades. El número de chicos va aumentando y a nosotros nos vuelve a resultar incómodo almorzar delante de ellos, que nos piden con sus gestos y sus ojos. Les damos sándwiches, zumos, panecillos y sacamos ropa y zapatos para repartir. Aún así no se iban y seguían pidiéndonos, así que incómodos, de verdad, nos metemos en nuestros autos para descansar un poco y proseguir el viaje. Mientras los demás duermen, Lucía y yo nos quedamos tomando un último té en mi auto. No pasan ni dos minutos cuando vemos aparecer a una señora con una bandeja grande y plateada que sostiene varios vasos y una tetera. Lo coloca todo en la mesa que hemos dejado fuera y sirve té, que nos ofrece con gestos amables. Lucía y yo no olvidaremos jamás lo que vivimos a continuación porque, realmente, fue toda una experiencia. Las dos nos mirábamos entre sorprendidas y conscientes de la hospitalidad de esta señora que nos ofrecía lo que tenía, suponíamos que en agradecimiento por la ropa y el calzado o la comida que habíamos repartido a los chiquillos. Sin mediar palabra pero a través de sonrisas y miradas le agradecemos sinceramente el exquisito té que había compartido con nosotras (exquisito de verdad, el mejor que he probado en Marruecos).



Lucía le da un vestido y la señora la toma de la mano, haciéndonos gestos para que la acompañásemos (¿a dónde, si no vemos nada, ni una casa ni nada?) Volvemos a mirarnos y estábamos tan contentas de que nos estuviese pasando esto que no tuvimos dudas y seguimos a la señora a través de la tierra amarilla. Llegamos a una edificación plana, típica del lugar, que no habíamos visto antes, la señora abrió la puerta y lo que pasó dentro de esa casa fue la experiencia que más nos acercó a Marruecos y a sus gentes de todo el viaje. Cuando entramos, nos acompañaba también el hijo mayor de la señora, que hablaba un poco español. Salieron a recibirnos dos muchachas jóvenes que se alegraban como si fuésemos familiares que hacía tiempo no vieran. Las chicas nos tocaban, nos cogían de las manos, se reían y nos enseñaron las habitaciones de la casa. En el “salón” (lo que nosotros conocemos como tal) estaban apiñadas las camas y en el suelo había muchas alfombras descoloridas y cojines que nos ofrecieron para volver a servirnos té (cada vez me gustaba más y no nos planteamos en ningún momento cómo lo estaban haciendo ni el agua que usaban). Tras muchas risas con las chicas que eran muy simpáticas y se hacían entender con gestos, la señora nos enseña el pequeño huerto, donde tenían los animales, la “cocina” (sólo había un horno hecho de piedra y adobe) y la habitación de la chica recién casada que era su nuera. La muchacha, muy feliz, nos muestra su álbum con las fotos de la boda, el mueble donde guarda la dote (¡Dios mío! Eran vasos, platos, flores de plástico, cucharas, tenedores, cosas que normalmente nosotros no valoraríamos) y sus vestidos. La habitación tiene dos camas y en ella viven los recién casados. Nos cuenta que antes iba a la escuela y nos muestra su libreta con escritura árabe, pegatinas y dibujos. El tiempo pasaba rápido y la compañía era muy agradable, debíamos irnos pero nos vuelven a servir té y ahora la buena señora lo acompaña con un trozo de kesra (pan achatado que se hace en las casas.



El pan es casi sagrado y se ofrece con generosidad, como símbolo de convivencia y solidaridad) hecho por ella. Después de comer y beber (ahora también nos acompañaba nuestra compañera Paqui que se había unido al grupo) y disculparnos varias veces por tener que marcharnos, por fin conseguimos levantarnos del suelo y vemos cómo en la puerta nos están esperando, impacientes, nuestros maridos. La chica recién casada me pide acompañarme para ver la auto y así hacemos. La señora acompaña a Lucía a quien ha regalado varios objetos personales, entre ellos un vestido precioso (imaginaos! Un vestido suyo! Me parece lo más en cuanto a generosidad) Después de muchos besos y abrazos nos vamos con la adrenalina al máximo.

Nuestros respectivos maridos nos cuentan que la situación con los chavales fuera de las caravanas se hizo muy incómoda porque a Mendoza intentaron abrirle la puerta, pegaban en las ventanas, daban toques para llamar la atención, etc. Nosotras, sin embargo, habíamos vivido una experiencia inolvidable.

Llegamos a Tinerhir, un pueblo que enseguida consideramos prósperamente turístico por el aspecto de sus casas y sus gentes. Realmente encantador, aparece erigido en alto lindando con un frondoso palmeral. Llegamos al Camping Le Soleil y ubicamos la caravana de Sebastián. El camping nos ha parecido bonito, con piscina (no muy grande), baños limpios, parcelas amplias y rodeado por un jardín que visitaremos la mañana siguiente. Decidimos, aunque está oscurecido, echar un vistazo a la Garganta del Todra para comprobar que merece la pena repetir a la mañana siguiente con la luz del día ¡ESPECTACULAR! A la entrada de la Garganta vemos un hotel cuidadosamente iluminado con aspecto romántico y una terraza preciosa que disfruta de privilegiadas vistas.

Martes, 22 de marzo

Nos despertamos con la llamada a oración que, personalmente, me encanta. Salimos para la Garganta y ahora sí nos empapamos del paisaje. El palmeral nos acompaña todo el camino, dejándonos ver cómo trabajan la tierra los lugareños. Los almendros tienen preciosas flores rosadas que destacan entre el verdor que los rodea. Las casas del pueblo forman una paleta de naranjas, rojizos y colores tierra. Las paredes rocosas de la Garganta se estrechan resultando una visión espectacular. Dejamos las autos a la entrada, en la explanada de tierra y la recorremos andando recreando nuestra vista por esta magnífica obra de arte. Los niños hacen el camino montados en burro. El barranco se ensancha poco después y da paso a una zona con algunas palmeras y un camino que conduce al pueblo de Tamtattouchte, a 22 kms.

A la entrada de la Garganta vemos muchas autos que, posiblemente, han pasado la noche a sus pies, lo cual nos resulta muy tentador porque debe ser maravilloso amanecer en aquel lugar y ver las imágenes que proyecta el sol sobre las paredes rocosas.

Después de algunas fotos y disfrutar del paisaje, volvemos al camping para abonar los 60 dh. que nos cobran por las tres parcelas, electricidad y agua. Queremos visitar el pueblo porque nos han dicho que trabajan muy bien la plata y nos apetece verlo. Un chico nos pide que le acerquemos al pueblo para ver a unos amigos (después nos dimos cuenta de que había sido una excusa para acompañarnos) y así hacemos.

Aparcamos en una plaza frente al Banco Populaire. El chico se ofrece a acompañarnos en "agradecimiento" por haberle bajado. No queríamos guía pero tardaríamos más en disuadirle que en aceptar su ofrecimiento así que ... allá vamos tras él. No nos arrepentimos de su compañía porque nos explicó muchísimas cosas interesantes sobre la vida de los árabes y los bereberes, las costumbres, las edificaciones, etc. Nos muestra las calles que son sólo de hombres y las que son sólo de mujeres, nos lleva a la casa de una familia nómada que hace alfombras y nos explica cómo funcionan aquí los "Tribunales". Lo único que existe es la figura del Juez de Paz, señor respetado y venerable cuya palabra es ley. También nos lleva al lugar donde se celebran las bodas y nos explica que las chicas deben casarse antes de los 18 años, si no ya no lo harán porque nadie las querría. La obligación de una buena esposa es saber cocinar y hacer labores artesanales, como alfombras u otros objetos. Aunque nos ha parecido muy instructivo el paseo que nos ha dado nuestro guía personal no nos ha gustado especialmente la medina de Tinerhir y tenemos muchísimo apetito, así que salimos del pueblo a las 14 horas.

Hacemos una breve pero intensa parada en El Kelaa M'Gouna. Esta ciudad está en pleno corazón de la comarca de las rosas. En ella se cultiva la rosa damascena y entramos en una pequeña pero bien aprovechada tiendecita donde nos abastecemos de todos los productos que se fabrican con estas flores (crema hidratante, gel de baño, champú, incienso, colonia, jabones, etc.). Más adelante paramos también en una tienda a pie de carretera donde Lucía y Sebastián compran minerales y fósiles y algunos regalos más. Llegamos al camping municipal de Ouarzazate sobre las 20,30

horas.

Allí nos volvemos a encontrar con Abueletes y charlamos con ellos un buen rato. Prolongamos la velada tras la cena hasta las doce de la noche intentando no hacer demasiado ruido; fallamos en el intento (eran las diez de la noche) y una vecina francesa se quejó de forma bastante maleducada sobre los españoles.



Miércoles, 23 de marzo

El despertador suena a las 7,30 y tras un desayuno copioso nos ponemos en camino ya que, siguiendo las indicaciones de Abueletes, deseamos visitar la Kasba de Tiffoutoute. No nos podemos marchar sin contemplar el exterior de la Kasba de Taourirt, único edificio histórico de Ouarzazate. Su exterior resulta muy llamativo y aparentemente bien conservado. Llegamos a Tiffoutoute y entramos en ella con unas expectativas que no quedan en absoluto cubiertas. La kasba alberga un hotel y lo único que te dejan visitar es el salón de abajo, donde te sirven té. También subimos a su terraza pero no nos pareció nada del otro mundo, excepto por la vista del valle que la rodea. Lo que más nos gustó de esta parada fueron las alfombras que conseguimos adquirir en la tienda que hay junto a la Kasba.

Continuamos ruta y la carretera es regular. Vemos las montañas nevadas y el paisaje deja de ser tan llano. Paramos en el pintoresco pueblo de Aït Benhaddou, escenario de numerosas películas. Aquí, además de aprovechar para hacer compras y disfrutar de las preciosas vistas del pueblo y las murallas, también hacemos el almuerzo. Declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, el pueblo no deja de recibir turistas durante el tiempo que permanecemos en él, presentando una imagen cuidada y muy hermosa.

Después de una laboriosa mañana regateando en las compras y alguna que otra anécdota como la pulsera que me regaló mi marido, partimos rumbo a Marrakech. A todos nos apetece llegar a esta ciudad que consideramos imprescindible en nuestro periplo por el país.

La carretera sigue siendo regular: estrecha y sin arcenes. Los Abueletes ya nos habían advertido de la particularidad de la misma y de un detalle que comprobamos in situ; durante todo el camino ves cómo pequeños y mayores muestran a los coches minerales misteriosamente brillantes y de vivos colores, rojos, azules, naranjas, lilas, rosas... Lucía para y coge uno, se chupa el dedo y lo pasa por la zona brillante del mineral; todos nos echamos a reír (incluso el vendedor) cuando comprobamos que se trata de mercromina, tal como nos habían contado los Abueletes. Tened cuidado porque son bonitos pero no reales!

La carretera es de montaña y tiene muchas curvas; la recorren numerosos pueblos rojizos y varias veces hacemos paradas para repartir ropa, zapatos, comida y juguetes. No nos deja de sorprender la miseria que se ve en algunos lugares y cómo los niños cuando nos ven parados corren desde todos los rincones para acercarse. Siempre, aunque te rodee la nada, aparece alguien.

Llegamos a Marrakech cansados y después de dar varias vueltas, pedimos a un taxista que nos lleve al parking frente a la Mezquita Koutoubia, donde dejamos los autos encaminándonos a la Place Jamma el –Fna. Marrakech es una ciudad como otra cualquiera con ruido de coches, gente por todas partes y semáforos que casi no se respetan. Cruzando la Mezquita y la carretera, llegamos a la Jamma y aquí sí, aquí Marrakech es donde se muestra en todo su esplendor, convirtiéndose en visita obligada. El olor a comida envuelve todo y la música hace el resto, tomando al visitante como uno más, comprobando in situ la magia de la que ya nos habían hablado nuestros compañeros Lucía y Jerónimo; esta plaza tiene vida propia, transmite vida en cada rincón y es una gozada disfrutar de ella por la noche. El espacio es muy grande, acogiendo a músicos, bailarines, cuentacuentos, artistas, sacadores de muelas, adivinos y encantadores de serpientes, todo ello alrededor de decenas de pequeños restaurantes o puestos de comida que ofrecen toda clase de especialidades (incluso hay uno que nos llama especialmente la atención donde se venden sólo huevos cocidos que la gente se come metidos en pan). Estamos alucinados, la verdad, maravillados por el ambiente, felices de estar aquí. De pronto, un chico nos reconoce y nos hace señas para que nos acerquemos a su restaurante. Es un chico que conocimos en las Dunas. Sus compañeros salen a nuestro encuentro y forman tal fiesta para que nos quedemos a cenar que es imposible negarse. Se ríen, cuentan chistes, hacen gracias, nos abrazan, nos cantan, los mejores showmans que he visto jamás. Nos sentamos todos y compartimos una abundante cena de cus-cus, calamares, patatas, pinchitos de cordero, pollo y pastela. Ahora, después de la cena, empezamos a notar el cansancio acumulado por los kilómetros del día, así que tras un breve vistazo a las tiendecitas decidimos dedicar a la Medina el día siguiente completo y quedarnos a pasar las dos noches en el parking donde estábamos.



Jueves, 24 de marzo

Nos levantamos dispuestos a perdernos en la Medina de Marrakech y eso es literalmente lo que hicimos. Durante toda la mañana paseamos por un laberinto de colores, olores y sabores (qué buenos están los pastelitos!), disfrutando de las minúsculas y estrechas callejuelas que se cruzan unas a otras. Estábamos maravillados ante tal exposición de artesanía: zapatillas, vestidos, cerámica, metales, objetos de madera pintados con vivos colores y joyas. Ni que decir tiene que fue inevitable no caer en la tentación de realizar algunas compras mientras la mañana pasaba rápidamente admirando la belleza de la Plaza de la Brujería, La Puerta de Oro, los colores de las especias en pirámide, el olor de los dátiles, etc. Nos divertimos muchísimo hablando con todo el mundo, regateando, comiendo y probándonos gorros y zapatillas. Nuestros agotados pies nos avisaron de que llegaba la hora de un merecido descanso y nuestros estómagos de que debíamos reunirnos con Lucía y Jerónimo para almorzar. Volvimos a las autos y quedamos para regresar a la Plaza por la tarde. Aconsejo que toméis un zumo de naranja de cualquiera de los puestos que hay en la Plaza durante todo el día porque sólo cuestan 30 céntimos y están realmente ricos, sobre todo si pedís que os pongan unas gotitas de Azahar (gracias, Lucía, por compartir este secretillo con nosotros); también me gustó especialmente el m'seme (misimmi), una tortita que se rellena con miel o azúcar y que está muy buena. Durante el descanso, conocimos a nuestros vecinos del parking, viajeros franceses que llevaban tres meses con sus autos recorriendo Marruecos y Argelia. Compartimos una animada charla y pestiños de nuestra compañera Paqui, que ella misma había hecho (aprovechando todos los momentos para dar publicidad de nuestra tierra) contando anécdotas y curiosidades.

Volvimos a la Medina para ver el zoco de los tintoreros y tomar un té en la terraza de

la cafetería, deseando culminar el día con la vista nocturna de la plaza. Aunque llegamos un poco tarde al zoco de los tintoreros, pudimos ver las lanas de colores colgando para su secado y cómo la trabajaban gracias a la amabilidad de un señor al que preguntamos. Nos llevó a ver la maquinaria y nos hizo una interesante y amena demostración de “la magia de los colores”: cómo un color se transforma de tonalidad al dibujar o tinter con él papel o lana. El anochecer en la terraza de la cafetería fue, sin duda, un momento mágico. La plaza, a nuestros pies, tenía más vida que nunca y un encanto que no pasaba desapercibido por ninguno de nosotros. Fue un día completo.



Viernes, 25 de marzo

Nuestra intención es hacer una breve parada en Casablanca para visitar la Mezquita de Hassan II y, de camino, comprar anchoas en el mercado (baratísimas y de una calidad excelente). Aparcamos los autos frente a la Mezquita y realmente la vista de la misma nos deja boquiabiertos por su grandiosidad y opulencia.

Después de haber visto tanta pobreza es una imagen que nos transmite sentimientos contradictorios pero sin poder dejar de admirar su extraordinaria belleza. Paseamos para mirarla con detalle y observamos que el mosaico artesanal de su alminar es realmente hermoso, cortado a mano y colocado formando complicados dibujos geométricos.

Es el segundo edificio religioso más grande del mundo tras la mezquita de La Meca, pudiendo acoger a 25.000 personas. No entramos porque es viernes y está prohibido para los no musulmanes. Cogemos un taxi (en él vamos nueve personas) y, milagrosamente con vida, llegamos al mercado donde nos abastecemos de anchoas a un precio de 8 euros el kilo. Marruecos, exagerando, podría ser el país de los extremos: frío-calor, desierto-valles verdes y fructíferos, pobreza-riqueza y mini taxis (sólo para 3 personas) y taxis en los que pueden ir todos los que entren en él y no

pierdan la respiración en el intento. Casablanca no nos llama la atención especialmente si no es por su caótico tráfico y las ganas que teníamos de salir de ella. Aquí, desde luego, tendrían que tener más en mente la frase berebere que escuchamos cientos de veces durante nuestro viaje “La prisa mata”. Llegamos al Camping municipal de Mequinez de noche y acabamos el día con una cena todos juntos y conversación sobre la ruta del día siguiente.



Sábado, 26 de marzo

A las 8,30 ya estábamos saliendo del camping para llegar a Volúbilis cuanto antes y aprovechar el camino de vuelta. La carretera que lleva a la Ciudad Romana está acompañada de un paisaje verde y Moulay Idriss se divisa desde lejos destacando con sus casas enaladas

Durante dos horas un guía nos enseña Volúbilis explicándonos con todo lujo de detalles curiosidades de la misma y poniéndonos a las mujeres coronas de flores (campanillas) en las cabezas (Volúbilis significa campanilla). La visita mereció la pena y nos gustó mucho a todos, ya que la Ciudad está bien conservada en un entorno precioso, desde donde se podía ver perfectamente la forma de camello de Moulay Idriss.

Ponemos rumbo a nuestra última visita: Chechaouen.

Llegamos después del almuerzo y el tiempo se puso feo. Cuando dejó de llover, dimos un paseo por este bonito y agradable pueblo. Estaba lleno de turistas, como nosotros, pero disfrutamos paseando por sus estrechas y empinadas calles con casas blancas, azules y añiles. Cruzando el puente sobre el Río Laou, nos acercamos hasta la fuente y seguimos el ritual de lavarnos la cara tres veces (el agua estaba bastante fría) y pedir un deseo. Desde el río pudimos ver a las mujeres lavando la ropa en los

lavaderos y poniéndola a secar encima de las piedras o los arbustos. Había una vista muy bonita desde aquí y el campo se veía más hermoso aún tras la lluvia. Se hacía tarde y queríamos intentar llegar a Tánger para coger el último barco de hoy o el primero de mañana, así que nos despedimos de Lucía y Jerónimo que se quedaban un día más. Habíamos formado un buen equipo durante todo el viaje y nos dio pena que se hubiera hecho tan corto. Nos prometimos volver el año que viene en Semana Santa y bordear la costa.

El camino a Tánger se hizo pesado porque la carretera es bastante mala. Llegamos al Puerto a las 23 horas y tuvimos suerte porque pudimos tomar el barco. Aquí termina nuestro viaje.

En el recuerdo están los preciosos días que hemos pasado juntos y las experiencias vividas; en nuestros sueños está la Semana Santa del año que viene...
Ha sido un viaje precioso y Marruecos un país que nos ha dejado absolutamente sorprendidos y maravillados. Volveremos, seguro.

Por MONICA